
Un objeto de la ciencia histórica

Alfredo López Austin

A los historiadores nos competen asuntos que van de lo común y banal —dígase, si no, las biografías de los próceres— a lo inusitado, como el ejercicio de la imaginación para saber qué puede ser “el amor en los tiempos de la democracia”. Nos competen estos asuntos porque somos los encargados de encontrar bajo el azar aparente de los acontecimientos toda una red de hilos causales. Como técnicos de la compañía telefónica, indagamos el orden del cableado en el subsuelo social. Dictaminamos cuáles son los cables maestros (determinaciones en última instancia) y cómo los ramales se van convirtiendo en conductos cada vez más sutiles hasta llegar a una superficie colorida, rica en acontecimientos, pero insuficiente para explicarse por sí misma. De donde nuestra función es descubrir que tanto lo que parece indeterminado como lo que parece una maraña de determinaciones no son sino madejas dendrológicas causales, pasibles de análisis racional. En términos menos rebuscados, que tenemos como funciones entender y explicar cómo y por qué se va transformando este objeto tan complejo que llamamos sociedad.

Todo lo anterior justifica que las compañeras de *debate feminista*, organizadoras de este ciclo, nos hayan invitado a los historiadores a participar en una de las sesiones. El tema, como se sabe, es “El amor en los tiempos de la democracia”. Elijo de él una cuestión: ¿Es posible estudiar desde el punto de vista histórico lo que es el amor en los tiempos de la democracia?

En la primera sesión del ciclo hubo entre el público quien cuestionó la relación entre el amor y la política. Fue justificable la duda, dado el santoral: era el 14 de febrero. En ese día se piensa en el amor como algo absoluto. Hoy podemos responder con una seguridad casi dogmática que en la enorme red causal el amor se vincula con la política, y con el arte, y con la economía, y con la poesía, y con la semiótica... en fin, y en muy pocas palabras, que el amor está intensamente entrelazado en la complejidad social y es, por tanto, un objeto de la ciencia histórica.

Hasta aquí no hay más problema que nuestro fervor casi dogmático. Los verdaderos problemas empiezan cuando caemos en cuenta que la relación amorosa, para ser historiable, ha de ser sensacional. O sea que al tratar de la relación amorosa, la ciencia de la historia se inclina al amarillismo. La historia no registra los actos de amor más plenos. Los actos de amor más plenos son los de maravillosa cotidianeidad, en los que el ser humano integra la unidad social primaria: la pareja. Pero estos actos cotidianos no son noticia. Tienen que apartarse de su naturaleza habitual para fundar prototipos. En efecto, ¿cuáles son los grandes amores de la historia? Los fallidos, los obstaculizados, los fracasados, y en la trama de los relatos deben ser piezas fuertes la angustia, la traición, el abandono, hasta la castración, el éxtasis, el asesinato o el suicidio. ¡Cuántos rodeos de la historia ejemplar! ¡Cómo tiene que alejarse del amor para ensalzarlo! Sin embargo, no toda la historia del amor cae en la categoría de historia ejemplar, y su temática trasciende ampliamente el campo de los grandes amores. Para apreciar la trascendencia es necesaria una precisión terminológica.

Confronto aquí dos términos: sexualidad y amor. Ambos poseen tal ambigüedad que no sólo no se corresponden en forma precisa, sino que en la laxitud de las concepciones se incluye la sexualidad entre las posibles formas del amor o, por el contrario, el amor es visto como uno de los aspectos de la sexualidad. Propongo, para los efectos de mi intervención, que incorporemos el término sexualidad al discurso y que entendamos por él todo el conjunto de relaciones sociales que se establecen con base en el carácter sexual del ser humano, carácter que incluye la división de los sexos, la fisiología sexual y la función reproductiva de la especie. Quedarán fuera de definición amores tales como el amor a la sabiduría, el amor al ocio y el irracional amor al trabajo. Quedará dentro de la definición el erotismo con sus formas extremas, entre ellas el amor 'udrí o cortesano y el éxtasis místico. Creo que es compatible esta definición con la idea que *debate feminista* propone para feminismo, aunque rechazo de su propuesta el término género.

La historia de la sexualidad —decía— trasciende con amplitud las historias de los grandes amores. La historia de la sexualidad es también historia del trabajo, historia demográfica, historia de la explotación, de la familia, de las epidemias, de la prostitución, de los crímenes masivos, del comercio... No hay duda de que la sexualidad es un asunto profundamente político desde el remoto pasado.

Entre todas estas historias hay una que es mi tema predilecto: cómo las relaciones entre los sexos sirven de, modelo para la explicación del movimiento cósmico. Los antiguos nahuas (como el resto de los mesoamericanos) concibieron el nacimiento de la secuencia temporal como el producto de un coito enorme. En el principio existía el caos, Cipactli, o sea el gran monstruo acuático y femenino. Dos dioses partieron al monstruo por mitades para crear con ellas Cielo y Tierra. Así nació el orden con los sexos: arriba el macho celeste, vital, luminoso, caliente, y abajo la hembra terrestre, ser de muerte, de oscuridad, de humedad y de frío. La diosa original luchaba por unir sus partes; pero los dioses colocaron cuatro postes para impedir el retorno del caos. Los postes, huecos, fueron vías exiguas que conjugaron porciones de las sustancias de aquellos dos cuerpos ahora diferenciados en naturalezas opuestas y complementarias. El enorme deseo de recomposición de la diosa se transformó en flujos que corrieron a encontrarse en el interior de los postes, y la unión fue vehemente como el roce de los dos maderos que producen el fuego. El fruto fue el tiempo, que se desborda para vertirse sobre la superficie de la tierra en forma de lucha de opuestos: surge como días, como meses, como años, primero por el poste oriental, luego por el del norte, luego por el occidental, y por el meridional, para volver a salir por el oriente en una secuencia de ciclos que parece infinita. La supremacía social del varón (su luz, su calor, su vitalidad) se transportó a la superioridad del Cielo. Es la visión de sociedades en las que el dominio del varón fue manifiesto. Si bien en muchos de los pueblos mesoamericanos la mujer pudo destacar en la producción, en el comercio, en la expresión artística y aun en el gobierno, el predominio varonil fue la regla generalizada, y la concepción del cosmos siguió las pautas de la vida diaria. Siguió sus pautas, y además las confirmó y abrió la posibilidad de asimetrías mayores, porque a partir de la cristalización del gran modelo universal, las acciones sociales, con todas sus desigualdades, pudieron ser sancionadas por los dioses. Pero he de hablar, al menos en los últimos minutos de mi intervención, del tema que me fue asignado por *debate feminista*: no amor y política en general, sino amor y democracia.

Los historiadores —dije— tenemos por oficio buscar vínculos sociales, y el tema propuesto no es sencillo. ¿Acaso los cinco presentes no corremos el riesgo de inventar relaciones inexistentes? Porque mientras que el amor es connatural al hombre y ubicuo en la sociedad, la democracia parece estar fuera de nuestro tiempo y de nuestro espacio. En efecto, ya Lévi-Strauss situó en la prohibición del incesto el punto de confluen-

cia de lo social y lo natural. El amor humano perdió en definitiva su pureza natural a partir de la primera impronta de la sociedad: existe en cuanto nodo de relaciones y no hay aspecto de lo social que le sea ajeno. Esto lo hace, repito, siempre presente en el hombre; y lo hace la fusión natural/social por excelencia. En cambio la democracia parece ubicarse en la abstracción de las ideas guías o en la concreción de un sistema político aún no alcanzado. El tiempo de la democracia —un futuro incierto— no parece coincidir con el tiempo del amor... a menos que concibamos la democracia, además, como un ejercicio gradual y cotidiano.

Este ejercicio sí podemos relacionarlo con todo el complejo formado por la sexualidad. Tiene un presente concreto. Es la democracia en lucha, con tantas vías y tiempos como los que permiten que la razón popular se imponga para transformar una realidad económica, jurídica y política: al luchar por la democracia nos incluimos íntegramente en la realidad que transformamos. Con nuestra lucha nos forjamos otra concepción del mundo, y ésta transforma en nosotros el amor. Así nuestra sexualidad adquiere, en virtud de un ejercicio democrático, el doble carácter de campo de acción y producto depurado de la lucha. La relación temporal es completa.

En conclusión, contesto la pregunta que elegí al principio de mi intervención: es pertinente, desde el punto de vista de la historia, estudiar el amor en los tiempos de la democracia. Y amplió con unas cuantas palabras más.

Vivimos hoy, año de 1989, tiempos de democracia. Sí; todo es cuestión de grado. Son tiempos de democracia limitada, pero en los que la participación ciudadana empieza a dar frutos. ¿Qué ha ocurrido en la vida política durante las últimas semanas? Amplios sectores sociales impugnaron la tortura, y su voz tuvo efectos políticos. No importa que el gobierno aún no reconozca que las impugnaciones populares hacen mella en él: según la versión oficial hubo una renuncia burocrática. Pero más allá del reconocimiento gubernamental, se hace presente otra voluntad de transformación que empieza a imponerse.

Hoy vivimos una democracia limitada. ¿Cómo será un futuro en el que se haya conquistado una democracia más amplia? ¿Cómo será el amor en ese futuro? Aunque me está mal la capa de profeta, espero que el amor en los tiempos de [más plena] democracia haya remontado las ideas de pecado, las censuras, la prostitución, las violaciones, la ignorancia, la discriminación... En resumen, espero que el amor ya no tenga entonces necesidad de las historias ejemplares de los grandes amores.

Será tal vez un amor más íntegro y menos espectacular. Y espero que en una nueva concepción del mundo, la sexualidad ni obedezca ni justifique asimetrías.

¿Utopía? No. No creo en una democracia absoluta, sino en la posibilidad de una democracia progresiva. Todo es cuestión de grado. Y la democracia siempre será una lucha.